

La Cuba secreta o la íntima historia de un encuentro inacabable

Carlos Barbáchano

Hay países llenos de secretos. Secretos a voces, secretos velados y humildes secretos, apenas percibidos, apenas a veces divulgados. Voy a tratar de entrar en alguno de estos últimos secretos, en los secretos humildes; vestidos en este caso, como podrán muy pronto comprobar, de una calidad espiritual fuera de lo común. Voy a intentar acercarme al secreto de María Zambrano, alguien que intentó aprehender lo que ella entendió como esencia de lo cubano, esa especial característica de lo insular —por utilizar una terminología cara a su amigo José Lezama Lima—, de la insularidad; término éste bien presente en el famoso coloquio que Lezama mantuviera con Juan Ramón Jiménez en 1937¹.

Lezama Lima, 1975, un año antes de morir, recordaba a su amiga María Zambrano en versos como estos:

María es ya para mí
como una sibila
a la cual tenuemente nos acercamos,
creyendo oír el centro de la tierra
y el cielo del empíreo,
que está más allá del cielo visible.
Vivirla, sentirla llegar como una nube,
es como tomar una copa de vino
y hundirnos en su légamo.

María Zambrano visita La Habana por primera vez en octubre de 1936. No puede la escritora imaginar que esta su primera estancia habanera, que es por otra parte su bautismo americano, va a ser definitiva en su vida. En

¹ *La llegada de Juan Ramón Jiménez a Cuba, a finales de 1936, que se prolongaría por cerca de tres años, fue un acontecimiento cultural de primer orden. Cintio Vitier lo refleja con todo lujo de detalles en su libro JRJ en Cuba. El coloquio con JRJ fue publicado en 1938 por la Secretaría Cubana de Educación.*

La Habana pasará más de trece años a partir de 1940, con algunas salidas a Puerto Rico y Francia. En la capital cubana escribirá, o esbozará, varios de sus títulos más significativos. Como reconoce María en carta a Cintio Vitier es en Cuba donde desarrolla, a través de múltiples conferencias y seminarios, la mayor parte de su vida docente. Sus colaboraciones periódicas y ensayísticas escritas desde la isla, así como su riquísima correspondencia, hacen de esta larga estancia el periodo vital y creativo tal vez más importante de su existencia².

Viaja María con su esposo, el historiador Alfonso Rodríguez Aldave, que acaba de ser nombrado primer secretario en la Embajada de España en Chile. Una de las primeras personas que conocen pocas horas después de llegar a La Habana, en la célebre «Bodeguita del Medio», es José Lezama Lima. «Fue en una cena de acogida, más bien nacida que organizada, ofrecida por un grupo de intelectuales solidarios de nuestra causa en la guerra civil española. Se sentó a mi lado, a la derecha, un joven de grande aplomo y ¿por qué no decirlo? de una contenida belleza, que había leído algo de lo por mí publicado en la *Revista de Occidente*». María lo cuenta más de medio siglo después, en uno de sus últimos escritos, *Breve testimonio de un encuentro inacabable* (1988). «Aquel joven –nos dice– pertenecía a mi vida esencial». En otro de sus textos lezamianos, María vuelve a unir a Lezama con La Habana, regresando de nuevo a ese momento trascendente que supuso el encuentro primero entre y para ambos: «en aquella Habana donde me sentí enseguida como en una patria prenatal –creo haber escrito algún día³–, el muy joven José Lezama Lima me fue dado a conocer sencillamente al instante. No recuerdo si ya había publicado algo, y el no recordarlo quiere decir que su presencia tenía plenitud, que era eso: la presencia de alguien que por ser plenamente y ser de un lugar, no necesita haber realizado nada que se le añadiera, nada que le adjetivara»⁴. Ese momento fue «un encuentro sin principio ni fin», *inacabable*, como señala lúcidamente en el título de su *Breve testimonio*.

María Zambrano va a dedicar a Lezama Lima media docena larga de textos, así como algunas de sus cartas más entrañables. Le llama «hombre verdadero» –a nadie nombrará María con tal apelativo–, ser auroral, calificativo tan cercano a su propia cosmología personal. Le considera alma her-

² Una amplia recopilación de los ensayos y cartas de María Zambrano de tema cubano puede el lector disfrutarla en *La Cuba secreta y otros ensayos, edición, introducción y cronología de J.L. Arcos, Madrid, Endymion, 1996*.

³ Su concepto de patria pre-natal lo desarrollará en su ensayo *La Cuba secreta que será glosado en breve*.

⁴ María Zambrano, «José Lezama Lima en La Habana», Índice, Madrid, junio, 1968.

mana. En su valioso ensayo *José Lezama Lima en La Habana*, María ve, desde el primer momento, que Lezama y La Habana son un mismo ser. Dice de la ciudad: «Era antigua y de ahora, del instante. Había estado allí siempre y estaba, respiraba gozosa y contenidamente, se derrumbaba de sus palmares, se transparentaba en un inasequible misterio que irradia y que trasciende en aromas y reverberaciones sin entregarse: el hermetismo de las culturas del sur que han de ser las más antiguas o las que de lo antiguo más han conservado el centro oculto e irradiante. La generosidad del sur que se da trascendiendo en olores y reflejos, en ecos, en miradas, en árboles que florecen, rastros del paraíso encerrado mas no arrullado, pero al que no se puede entrar porque hay que, desde siempre, estar ya adentro».

La cita no tiene desperdicio. Como el joven Lezama, La Habana era para María algo permanente que pronto pasaría a formar parte de su vida esencial; se le aparecía hermética al tiempo que generosa; llegaría a ser para ella una especie de paraíso interior. *Paradiso* será el título elegido por Lezama para su obra cumbre. A ello se refiere María en el *Liminar* a la edición crítica de la novela lezamiana aparecida en 1988 en Madrid: «Este ser “de aquí” resonó en mí avasalladoramente: este “aquí” era el lugar universal que yo había sentido y sentido en la presencia de José Lezama Lima, quien nunca había querido exiliarse. Él era de La Habana como Santo Tomás lo era de Aquino y Sócrates de Atenas. Él creyó en su ciudad»⁵.

La Habana estaría siempre en Lezama; como en María Zambrano. En un estado prenatal, desde antes del propio nacimiento. Pero para amar profundamente una tierra, para sentirla adentro, hace falta un nexo humano, una parte concreta de ese todo. A mediados de 1956, en respuesta a una carta de Lezama que alude a la muerte de Gustavo Pittaluga, María comenta: «Porque mi amor a esa tierra, a esa luz, ha encontrado en Vd. intermedio; no se puede amar a una tierra, si alguien de ella no recoge ese amor. Y mi amor a esa tierra de Cuba también lo cubre a él y lo acompaña ahora».

Más de una tercera parte de los 31 años que María Zambrano pasó fuera de España los vivió en Cuba. Y digo bien vivió, que no pasó, pues en Cuba se reencontró no únicamente con su infancia malagueña y luminosa sino que sintió la isla como patria prenatal, como territorio que le estuviera predestinado antes de que sus ojos descubrieran el mundo. A la muerte de su hermana Araceli, con quien va a pasar prácticamente media vida, Lezama le escribe: «Vd. es de las personas que saben con gran precisión que nacemos antes de nacer y morimos antes de morir». Nacemos antes de nacer,

⁵ María Zambrano, «*Liminar. Breve testimonio de un encuentro inacabable*», en la edición crítica de *Paradiso*, dirigida por C. Vitier, Madrid, Archivos, 1988.

esa patria prenatal, que para ella es Cuba, María la va a concretar con todo detalle en su ensayo *La Cuba secreta*, que constituye el centro de esta exposición. Publicado en la revista *Orígenes* en 1948 e inspirado en la aparición de la antología de Cintio Vitier *Diez poetas cubanos 1937-1947*, es el texto clave de la pensadora con respecto a la isla. La antología de Vitier, cuyo precedente debemos situar en la de Juan Ramón *La poesía cubana en 1936*, es en parte un sugestivo pretexto que le lleva a María a preguntarse: «¿Cómo hablar de un secreto sin referirse a la manera como nos fue descubierto y más todavía, a la manera como nos sigue permaneciéndonos secreto? Pues los secretos verdaderos no consienten en ser develados, lo que constituye su máxima generosidad, ya que al dejar de ser secretos dejarían vacío ese lugar que en nuestra alma les está destinado. Nuestra vida se vería desamparada de su amorosa presencia. Porque un secreto es siempre un secreto de amor».

Esa es para María la clave, el amor. «Un secreto es siempre un secreto de amor». Años después, ya en el exilio romano, une en una de sus cartas ese repetido primer encuentro con Lezama a su infancia malagueña, a su padre, joven, vestido también de blanco, a ese primer destierro que para ella es su infancia, a sus «sentidos de niña»⁶. Pero volvamos a la cita ahora interrumpida porque bien merece la pena evocarla de la manera más precisa:

Como un secreto de un viejísimo, ancestral amor, me hirió Cuba con su presencia en fecha ya un poco alejada. Amor tan primitivo que más que amor convendría llamar «apego». Carnal apego, temperatura, peso, correspondiente a la más íntima resistencia; respuesta física y por tanto sagrada, a una sed largo tiempo contenida.

María entra luego en lo telúrico, en la fuerza de las sensaciones que la tierra cubana le produce; algunas de ellas le llevan otra vez a su Mediterráneo, casi africano. Habla de la luz, de la luz de la isla, tema que retomaremos pronto. «Pero todo eso no bastaría» –nos dice–. «Pues sólo unas cuantas sensaciones por primarias que sean, no pueden “legalizar” la situación de estar apegada a un país. Algo más hondo ha estado sosteniéndola. Y así, yo diría que encontré en Cuba mi patria pre-natal. El instante del nacimiento nos sella para siempre, marca nuestro ser y su destino en el mundo. Mas, anterior al nacimiento, ha de haber un estado de puro olvido, de puro estar yacente sin imágenes; escueta realidad carnal con una ley ya formada; ley que llamaría de resistencias y apetencias últimas. Desnudo

⁶ Roma, 1º de enero de 1956.

palpitar en la oscuridad; la memoria ancestral no ha surgido todavía, pues la vida es quien la va despertando; puro sueño del ser apenas con su cifra. Y si la patria del nacimiento nos trae el destino, la ley inmutable de la vida personal, que ha de apurarse sin descanso –todo lo que es norma, vigencia, historia–, la patria pre-natal es la poesía viviente, el fundamento poético de la vida, el secreto de nuestro ser terrenal.

Y así –concluye–, sentí a Cuba poéticamente, no como cualidad sino como sustancia misma. Cuba: sustancia poética visible ya, Cuba: mi secreto».

Para María Zambrano Cuba se convierte en *su* secreto, en «sustancia poética visible ya». Jorge Luis Arcos, en su edición, se pregunta, preguntándonos al tiempo: «¿Qué hacer frente a tan sobrecogedora confesión? No habrá que insistir mucho en la resonancia que un planteamiento de esta naturaleza tuvo para el grupo Orígenes, el cual constituye el movimiento poético más importante de la cultura cubana, y no sólo por la profusión de sus poetas, ni siquiera por su calidad sino, sobre todo, porque fue el primer movimiento que dotó a la poesía cubana de un carácter cosmovisivo, que profundizó en el conocimiento de la realidad desde un irreductible conocimiento poético, y, desde él, fijó en imágenes perdurables, universales, nuestra sustancia, nuestro ser insulares»⁷. Para Vitier este ensayo constituye «el descubrimiento ontológico de Cuba». La lectura de esta antología de la poesía cubana realizada por Vitier lleva a María a señalar: «Los *Diez poetas cubanos* nos dicen diferentemente la misma cosa: que la isla dormida comienza a despertar como han despertado un día todas las tierras que han sido después historia». Y poco más adelante hace referencia a «cuando una tierra dormida despierta a la vida de la conciencia y del espíritu por la poesía»; «y siempre será por la poesía», subraya. Es decir, para María Zambrano, va a ser la poesía, sólo la poesía, la que, en nupcias con la realidad, configurará la historia. En su *Pensamiento y poesía en la vida española*, María había proclamado pocos años antes: «La poesía unida a la realidad es historia» y «la realidad es poesía al mismo tiempo y al mismo tiempo historia»⁸.

Uno de los poetas antologado, Gastón Baquero, editaría su última entrega lírica bajo el título de *Poemas invisibles*⁹. María Zambrano ve en Cuba la visibilidad de la sustancia poética. Los dos vienen a decir lo mismo: el viejo poeta desterrado de su paraíso poético visible y la joven pensadora malagueña que encuentra justamente en Cuba la sustancia poética visible.

⁷ Op. cit., p. 19.

⁸ María Zambrano, *Pensamiento y poesía en la vida española*, México, FCE, 1939.

⁹ Gastón Baquero, *Poemas invisibles*, Madrid, Verbum, 1991.